

## Racismo y escritura. Algunas implicaciones para la crítica lesbiana blanca<sup>1\*</sup>

Elly Bulkin

Dondequiera que protestemos  
nos retiraremos plantando—  
Muriel Rukeyser<sup>2\*</sup>

### I

Hace unos meses empecé a trabajar en un artículo titulado «Homofobia y feministas heterosexuales», impulsada por unos cuantos años de rabia acumulada por el hecho de verme continuamente obligada a plantar cara a la homofobia presente en el mundo «feminista» de la edición, la enseñanza y los congresos. Cuando llevaba apenas un par de páginas escritas, ese título me pareció inadecuado y, junto a «heterosexuales», añadí la palabra «blancas». Si yo —como lesbiana blanca— era tan invisible para esas feministas heterosexuales blancas, cuánto más invisibles no serían las lesbianas de color. Vista la indiferencia generalizada de esas autoras/editoras hacia las mujeres de color, cualquiera que fuesen sus preferencias sexuales y afectivas, insistir en que se hiciesen cargo de su homofobia suponía abordar solo una parte del problema. Aunque en el presente texto mi interés no se centra en ese aspecto, dicha homofobia —combinada con su racismo— actuó como catalizador de mi indagación personal sobre el racismo.

En efecto, prácticamente en todos los ejemplos de homofobia que me proponía citar, el racismo resultaba cuando menos igualmente identificable. Si la obra *Out of the Bleachers: Writings on Women and Sport* [Desde las gradas: Textos sobre mujeres y deporte], publicada por The Feminist Press, destaca por la total ausencia de cualquier referencia a las lesbianas, en ella también encontramos un párrafo donde una autora blanca felicita a una atleta negra por no usar «la jerga negra» y emplear «una prosa inglesa formal perfectamente enunciada». <sup>3</sup> El número especial de *Frontiers* sobre madres e hijas, «Mothers and Daughters», y el de *Feminist Studies*, «A Feminist Theory

---

<sup>1\*</sup> Publicado originariamente en «Racism and Writting», *Sinister Wisdom*, nº 13, 1980.

<sup>2\*</sup> Rukeyser, "Wherever," *Breaking Open* (New York: Random House, 1973), p. 59.

<sup>3</sup> Pat Jordan, «Sweet Home: Willye B. White», *Out of the Bleachers*, Stephanie L. Twin, ed. (Old Westbury: The Feminist Press and McGraw-Hill, 1979), p. 86. Para una reproducción del escrito de protesta por el racismo y la homofobia del libro y la carta firmada por Rena Grasso Patterson y yo misma como réplica a la respuesta de la editorial ante dicha reclamación, véase *Matrices*, vol. 3, nº 2 (febrero 1980), pp. 3-5.

of Motherhood» [Una teoría feminista de la maternidad], incluyen en ambos casos un único poema escrito desde una perspectiva lesbiana identificable y absolutamente ningún texto crítico o personal sobre la maternidad o coprogenitura lesbiana. Ni uno ni otro contienen ningún trabajo sobre madres lesbianas del Tercer Mundo.<sup>4</sup>

Ellen Moers, cuya obra *Literary Women: The Great Writers* [Mujeres de letras: Las grandes escritoras] se ha descrito como «un modelo de crítica literaria feminista»<sup>5</sup> y se cita elogiosamente en los congresos de estudios sobre las mujeres, sitúa a las lesbianas bajo el epígrafe de lo «anómalo» (*freaks*),<sup>6</sup> considera el lesbianismo como uno de los «peores escándalos» que se pueden atribuir a una escritora fallecida «bajo la respetable apariencia de un estudio literario»,<sup>7</sup> y despacha con una docena de líneas dedicadas a Lorraine Hansberry todo su análisis sobre las autoras del Tercer Mundo.<sup>8</sup> Asimismo *Shakespeare's Sisters: Feminist Essays on Women Poets* [Las hermanas de Shakespeare: Estudios feministas sobre mujeres poetas] ignora por completo a las autoras lesbianas como una corriente potente dentro de la poesía contemporánea escrita por mujeres —salvo por el comentario de dos páginas de Gloria T. Hull dedicado a Audre Lorde—, a la vez que la antología se obstina en mantener con obcecada irracionalidad su título, haciendo caso omiso de la declaración inicial de Hull en su estudio sobre las poetisas afroestadounidenses: «Las poetisas negras no son “hermanas de Shakespeare”».<sup>9</sup>

Por mi parte, he constatado que mi reacción inicial ante lo que leo y oigo es casi invariablemente en respuesta a la posible homofobia; luego, a veces de inmediato, otras tras un lapso significativo, detecto la presencia de racismo. El pasado otoño, en las

---

<sup>4</sup> *Frontiers*, vol. 3, nº 2 (verano 1978); *Feminist Studies*, vol. 4, nº 2 (junio 1978). El número de *Frontiers* incluye un artículo de una autora de cuya nota biográfica se desprende que probablemente es una mujer negra: «Motherhood in the Novels of Margaret Drabble» de Ann Rayson, profesora de estudios afroestadounidenses. [Sobre el uso de la expresión «mujeres del Tercer Mundo», utilizada de manera intercambiable con «mujeres de color» para designar a todas las no-occidentales-blancas, véase el comentario de la autora al final del texto. *N. de la T.*].

<sup>5</sup> Ellen G. Hawkes, "Private Female Resentments" (review of *Literary Women*), *Ms.*, vol. 5, no. 1 (julio 1976), p. 104. Un inserto en la portada de la edición de bolsillo (Garden City, Nueva York: Doubleday/Anchor, 1977) cita este comentario de Tillie Olsen: «*Literary Women* es un catalizador, un libro que marca un hito. Establece con gran autoridad el alcance, la profundidad y la diversidad de la literatura escrita por mujeres».

<sup>6</sup> Moers, pp. 164, 166.

<sup>7</sup> Moers, p. 220

<sup>8</sup> Moers, p. xviii. Véanse los comentarios de Alice Walker respecto del análisis de Moers sobre Hansberry en A. Walker, «One Child of One's Own: An Essay on Creativity», *Ms.*, vol. 7, nº 2 (agosto 1979), pp. 72-73. También Gloria Hull, «Afro-American Women Poets: A Bio-Critical Survey», en *Shakespeare's Sisters: Feminist Essays on Women Poets*, Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, eds. (Bloomington: Indiana University Press, 1979), p. 181.

<sup>9</sup> Hull, p. 165.

jornadas dedicadas al trigésimo aniversario de la publicación de *El segundo sexo* (*The Second Sex: Simone De Beauvoir 30 Years Later*), asistí a un taller sobre escritura femenina dinamizado por Rachel Blau DuPlessis, miembro del consejo de redacción de *Feminist Studies*, y Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, compiladoras de *Shakespeare's Sisters*. DuPlessis por lo menos concretó que iba a referirse únicamente al romance heterosexual, pero Gilbert y Gubar hablaron, en cambio, como si todas las escritoras, con la sola excepción de Alice Walker, fuesen heterosexuales y blancas. Citaron a Adrienne Rich, pero no como lesbiana; elogiaron a Alice Walker, pero considerada solo en el contexto de una tradición literaria de autoras blancas. Ya entrado el debate, intervine para protestar por el heterosexismo de las presentaciones. La respuesta inicial fue un silencio cohibido, seguido de la afirmación tranquilizadora de que, obviamente, todas ellas eran muy conscientes de la existencia de una escritura lesbiana, solo se daba el caso de que esta no era objeto de estudio en esos trabajos concretos. Ya en el metro de regreso a casa, caí en la cuenta de que también podría haber criticado el solipsismo blanco de las presentaciones, pero no se me ocurrió, atrapada como estaba en la indignación instantánea nacida de mi propia opresión. El día siguiente tuve ocasión de intervenir a través del micrófono abierto y expuse las asociaciones que no había llegado a establecer en la sesión anterior.

## II

No cito este ejemplo concreto como un acto de contrición ni tampoco como una anécdota con final feliz, sino como un primer paso para empezar a examinar las dinámicas y los factores de nuestra socialización que se interponen en nuestra respuesta contra el racismo presente tanto en nosotras mismas como en otras mujeres blancas. Doy por sentado que no es preciso ser no-racista para ser antirracista. Tomar conciencia de ello ha sido fundamental para mí. Como voz crítica contra el heterosexismo, he sido capaz de tomar la palabra con la seguridad que me da saber que mis actos y mis palabras están libres de ese prejuicio. No puedo afirmar lo mismo cuando adopto una posición antirracista, pero aun así tampoco puedo dejar de posicionarme a la espera de que llegue el día en que por fin me habré desprendido de todas las enseñanzas recibidas sobre la raza y dejado de gozar de las ventajas de tener una piel blanca en esta sociedad concreta. Cada vez soy más consciente de que no actuar contra el racismo por esas consideraciones, me silencia en la práctica.

Pienso que, como mujeres blancas, como lesbianas blancas, es esencial que abandonemos ese silencio, esa inacción, a la espera del día de nunca jamás cuando estaremos suficientemente libres de culpa para poder tomar la palabra. Tal como yo lo veo, el proceso consiste en parte en dotar de ineludible concreción el concepto de racismo. Rich escribió en «Desleales a la civilización: Feminismo, racismo, ginofobia»:

Las feministas blancas a menudo intelectualizan el concepto mismo de racismo. Algunas consideran que una escrupulosa mención de rigor al «racismo y el clasismo» permite dar por hecho que ya se han tenido en cuenta las profundas diferencias cualitativas en la experiencia femenina, cuando en realidad se ha confiado al análisis intelectual la tarea de aprehensión emocional que aquel *no puede hacer*. (Todas identificamos ese fenómeno en el caso de los análisis masculinos del sexismo.) Es posible rendir tributo a la existencia abstracta del racismo, incluso trabajar políticamente en cuestiones que afectan de manera inmediata a las mujeres negras y del Tercer Mundo —como las esterilizaciones abusivas, por ejemplo—, movidas por una corrección intelectual que en realidad nos distancia del lugar a partir del cual tenemos que empezar a avanzar juntas las mujeres negras y las blancas. Más de una vez me ha irritado el lenguaje abstractamente «correcto» empleado por mujeres que se autodenominan feministas políticas: un lenguaje que me parece producto de un análisis erudito más que de la síntesis de reflexión y sentimiento, lucha personal y pensamiento crítico, que es el núcleo central del proceso feminista.<sup>10</sup>

Buena parte de lo que he aprendido sobre racismo es fruto de la participación en varios talleres contra el racismo, un grupo de autoconciencia antirracista integrado por mujeres blancas y una serie de encuentros dedicados a las relaciones entre personas negras y judías. Rememorando mi propia experiencia y escuchando las de otras mujeres blancas constaté cuán omnipresente está el racismo en todas y cada una de nosotras y cómo se infiltra subrepticamente incluso cuando más atenta estoy a evitarlo (quizás también en este texto). Sin embargo, explorar mis propios recuerdos me ha permitido empezar a desmontar mi racismo, empezar a despertar de la inercia que me genera. Al ser invitada a recordar cuando fui por primera vez consciente de que había diferencias

---

<sup>10</sup> Rich, *On Lies, Secrets and Silence: Selected Prose, 1966-1978* (Nueva York: Norton, 1979), pp. 303-4. (Publicado originariamente en *Chrysalis* 7, 1979).

entre la gente de color y la gente blanca, rememoré dos situaciones que simbolizan para mí parte de la complejidad del proceso de trascender mi propio racismo para adoptar posiciones claramente antirracistas. Recuerdo a mi abuela inmigrante, fallecida antes de cumplir yo seis años, refiriéndose a las personas negras como *schwartzes*, intercalando una palabra en yiddish en medio de un torrente de frases en inglés, con lo cual me dejó grabado sin necesidad de más explicaciones que «ellos» (y, por extensión, las demás personas de color) eran tan ajenos a mi mundo blanco que su existencia misma no podía ser reconocida en mi lengua. Años más tarde, a mediados de los cincuenta, recuerdo haber oído hablar a mis padres de los derechos ciudadanos de la gente negra sureña con la superioridad espontánea de los liberales norteamericanos, que me dejó grabadas a la vez la idea de que los prejuicios eran algo espantoso y que era posible definirlos en términos de unos derechos ciudadanos fundamentales vinculados al concepto intelectual de igualdad racial. Para ellos, el racismo pululaba en algunos sitios —en Birmingham y Little Rock, desde luego—y creer en la igualdad entre todas las personas me mantendría permanentemente a salvo de la corrosión implícita en el mensaje de mi abuela.

En los últimos años, he descubierto que no es así. No he salido indemne después de todo. Si no tuviera esas vivencias concretas sobre los orígenes de mi racismo, tendría otras que habrían dejado una huella igualmente profunda. A mi entender no se trata de reelaborar esa realidad, sino de explorar qué podemos hacer en la práctica a pesar de ella.

Pienso que es necesario participar en grupos de autoconciencia antirracista, si no lo hemos hecho ya.<sup>11</sup> Como mujeres blancas, necesitamos recurrir a los modelos de apoyo mutuo desarrollados por las mujeres para examinar la opresión patriarcal y adecuarlos para examinar cómo se nos han inculcado actitudes racistas y cómo las estamos perpetuando aun deseando sinceramente no hacerlo. Me resulta especialmente insoportable que quienes despotricamos a diario contra los prejuicios de las y los heterosexuales e insistimos en que deberían examinar su origen y hacer algo al respecto, luego seamos reacias a proceder de igual modo en relación con el racismo. Si hemos estado dispuestas a dedicar una velada a averiguar de qué modo nos oprimen los

---

<sup>11</sup> «Face-to-face, Day-to-day Racism CR» (orientaciones para grupos de autoconciencia), Tia Cross, Freeda Klejp, Barbara Smith, Beverly Smith, *Sojourner* (May 1979), p. 11; reeditado en *Women's Studies Newsletter*. vol. 7, n° 1 (invierno 1980), pp. 27-28; y en *Top Ranking: A Collection of Articles on Racism and Classism in the Lesbian Community*, Sara Bennett y Joan Gibbs, eds. (Brooklyn: febrero, 1980). Véase también «Lesbians Struggle with Racism», entrevista realizada por Cindy Stein, *Gay Community News* (1 de marzo, 1980) pp. 10-11, 14.

hombres (y las mujeres no lesbianas), también deberíamos estar dispuestas a dedicar al menos el mismo tiempo a indagar cómo y por qué actuamos como opresoras y cómo podemos dejar de desempeñar ese papel o, por lo menos, cómo podemos minimizarlo. Eso nos permitiría descubrir hasta qué punto el racismo circunscribe nuestras propias vidas.

La otra parte de este proyecto de autoformación implica colmar las lagunas de información —cultural, política e histórica en general— que nos han dejado años de una educación que omitía o tergiversaba cualquier información sobre las mujeres/la gente de color. Gracias a un florecimiento de la literatura escrita por mujeres del Tercer Mundo y a su lucha persistente contra el racismo y el sexismo para conseguir hacer visibles sus obras, en los últimos años sus escritos han empezado a publicarse en creciente número en revistas feministas (blancas) y en revistas (no feministas) del Tercer Mundo. Junto con la publicación en la prensa feminista blanca de números especiales (dedicados al racismo, las mujeres del Tercer Mundo, las mujeres negras) es igualmente importante reseñar la mayor presencia generalizada de escritos de mujeres de color en algunas de esas publicaciones. Al mismo tiempo, publicaciones no feministas del Tercer Mundo (*HooDoo*; *Callaloo, a Black South Journal of Arts and Letters*; *Bridge, The Asian American Perspective*; *De Colores, Journal of Emerging Raza Philosophies*) han publicado números dedicados a las mujeres asiático-estadounidenses, negras y chicanas, y *Freedomways: A Quarterly Review of the Freedom Movement* acaba de sacar un número totalmente dedicado a Lorraine Hansberry. La generalizada falta de acceso a recursos financieros, uno de los efectos de la múltiple opresión que sufren las mujeres del Tercer Mundo, ha limitado drásticamente el número de publicaciones feministas dedicadas a ellas, aunque *Azalea: A Magazine for Third World Lesbians* y *Sojourner: A Third World Women's Research Newsletter* se han venido editando con regularidad.<sup>12</sup>

Quienes hemos abandonado por completo o en gran parte la lectura de obras escritas por hombres o dedicadas a hablar de ellos podemos encontrar un volumen creciente de textos centrados en las mujeres, pero en cambio nos resultará imposible conocer las vidas de las mujeres de color si nos mantenemos rigurosamente fieles a los principios separatistas. Centrándonos solo en el estudio de los antecedentes históricos, constataremos que las vidas de las mujeres del Tercer Mundo aparecen vinculadas, a veces de manera inextricable, a las de los hombres: en la esclavitud, en los campos de

---

<sup>12</sup> Al final del artículo incluyo una lista de bibliografía recomendada donde figuran todas las publicaciones citadas en este párrafo y el siguiente, con indicaciones sobre dónde se pueden conseguir.

concentración construidos para recluir a las y los ciudadanos de ascendencia japonesa durante la Segunda Guerra Mundial; en la residencia forzosa en las «reservas» criminales impuesta por el gobierno a las americanas y americanos originarios; en los territorios anexionados (Texas y otros estados del Suroeste) o colonizados (Puerto Rico); en todas las instituciones que han menospreciado de manera sistemática las lenguas, las culturas y las capacidades de la gente de color. Como escribió la Colectiva del río Combahee en «A Black Feminist Statement» [Una declaración feminista negra]: «Nuestra situación como personas negras exige que mantengamos la solidaridad en torno al hecho racial».<sup>13</sup>

Las obras que indagan en la situación general de las mujeres y los hombres de color y las dinámicas que se establecen entre ellas y ellos pueden resultar valiosas aunque la mirada sea no-feminista o antifeminista; entre otras cosas como un indicio de los obstáculos con que se enfrentan aquellas de entre ellas que son o querrían ser feministas.<sup>14</sup> En este sentido puede ser útil leer «Native American Issue», el número de *Shantih* dedicado a las y los americanos originarios; los dos números especiales de *The Black Scholar* «Blacks and the Sexual Revolution» [La gente negra y la revolución sexual] y «The Black Sexism Debate» [El sexismo negro a debate]; *American Born and Foreign: An Anthology of Asian American Poetry* [Nacidos en América y extranjeros: Una antología de poesía afroestadounidense] publicada en la revista *Sunbury*; publicaciones alternativas y también comerciales de gran tirada y libros escritos por personas del Tercer Mundo o destinados a ellas; semanarios y diarios con un enfoque centrado en las comunidades del Tercer Mundo. Y en cada una de esas publicaciones encontraremos referencias para otras posibles lecturas, listas de conferencias y actividades políticas o culturales, la mayoría de libre acceso para las mujeres blancas —si quisiéramos asistir—. A medida que el mundo en el que pasan todos sus días las mujeres de color vaya adquiriendo un carácter más tridimensional para nosotras, feministas lesbianas blancas, nos iremos alejando progresivamente del enclave blanco de pensamiento e interacción en el que la mayoría vivimos y empezaremos a captar con mayor nitidez sus limitaciones y su carácter opresivo.

Además, también tenemos que empezar a aplicar con mucho mayor rigor del que en mi opinión hemos empleado hasta ahora criterios antirracistas para juzgar la obra de

---

<sup>13</sup> Combahee River Collective, en *Capitalist Patriarchy: A Case for Socialist Feminism*, Zillah Eisenstein, ed. (Nueva York: Monthly Review Press, 1978), p. 365.

<sup>14</sup> Véase también la carta de Barbara Smith, *Sojourner* (septiembre, 1979), p. 2.

otras mujeres blancas. Pienso que esta insuficiencia es, en parte, un aspecto más de nuestra incapacidad más general para juzgar nuestras respectivas obras desde una perspectiva seriamente crítica sin dejar de mantener el apoyo mutuo. Con demasiada frecuencia el entusiasmo ante la aparición de una obra que plantea cuestiones importantes y presenta una visión positiva de las lesbianas (blancas) nos lleva a no tener en cuenta otros aspectos del texto donde la autora no profundiza suficientemente en su autoanálisis. Evidentemente, es lo más cómodo; a nadie le gusta que le señalen sus deficiencias o que le indiquen que no lo ha hecho tan bien como podría; nos cuesta resistir el impulso de identificarnos con la autora cuya obra estamos comentando (y que tal vez así nos tratará a su vez con benevolencia cuando cambien las tornas). Sin embargo, este proceder —que puede llevarnos a difuminar o pasar por alto problemas graves porque nos parecen demasiado difusos para entrar a debatirlos— me parece indicativo de una falta de consideración hacia nuestra capacidad de aprender y evolucionar gracias a una crítica rigurosa.

Hace unos años, en la versión editada por mí de una entrevista que le hice, Adrienne Rich mencionaba una antología que «incluía a personas negras y de otras minorías, pero no a mujeres ni homosexuales».<sup>15</sup> Aunque sin duda no era su intención deliberada, ni tampoco la mía al editarla, la construcción de la frase presenta a la gente negra y de otras minorías y a las mujeres y homosexuales como grupos separados y convierte en una imposibilidad sintáctica la existencia de mujeres negras o lesbianas hispanas. La acertada crítica que recibimos de Flying Clouds nos ayudó a ser más conscientes de los problemas implícitos. Como resultado de ese episodio, entre otras cosas, desde entonces he estado más atenta a la presencia de expresiones y presunciones racistas en mis propios escritos. En esa misma entrevista, Rich decía a propósito de la crítica: «Necesitamos llamar de algún modo la atención sobre lo que no se está diciendo, lo que genera silencios y elusiones ... No exploramos nuestras capacidades hasta que alguien nos cuestiona ».<sup>16</sup>

Las que compartimos el sentimiento de frustración por la continua ausencia, con escasas excepciones, de mujeres no lesbianas que pongan sobre la mesa la cuestión de la homofobia, tenemos que denunciar también el racismo y no dejar para las mujeres/lesbianas de color esa tarea, de la cual en su ausencia demasiado a menudo nadie se hace cargo. Todas las que de manera automática buscamos el sumario o el

---

<sup>15</sup> Elly Bulkin, «An Interview with Adrienne Rich: Part I», *Conditions: Two* (abril, 1977), p. 59.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 62.

índice temático de un libro para comprobar si las lesbianas están incluidas tenemos que adquirir la práctica de verificar también de manera automática la inclusión de las mujeres de color; si verificamos que en el índice temático figure el término «homofobia», también tenemos que buscar «racismo». Cuando realizamos tareas de edición, tenemos que solicitar activamente colaboraciones de mujeres de color, en vez de esperar que sean ellas quienes den el primer paso. No es de recibo publicar un número especial dedicado a las lesbianas (como ha hecho *Heresies*) en el que todas las colaboradoras sean blancas o reconocer que «las lesbianas y mujeres de color no están representadas de manera adecuada» como acaba de hacer hace poco *Frontiers* en un número dedicado a preguntarse «¿Quién habla en nombre del movimiento de mujeres?» («Who Speaks for the Women's Movement?»), cuando en realidad no estamos/están representadas en absoluto; como tampoco es aceptable que *Frontiers* publique un número de historias lesbianas que incluye la respuesta de una lesbiana negra a un cuestionario y un breve guion para una performance de una lesbiana asiáticoestadounidense —que no figura en el índice temático— como único reconocimiento de la historia personal de las lesbianas de color.<sup>17</sup> Es fundamental incluir trabajos de mujeres de color, pero no deberíamos dejar que ellas sean las únicas encargadas de plantear los problemas asociados al racismo y de indagar sobre las implicaciones de cualquier tema para las mujeres de color. Como mujeres blancas también tenemos esa responsabilidad.

### III

Como críticas —y como lectoras— no debemos olvidar la interconexión vital que existe entre las palabras y las vidas cotidianas de las mujeres. Minnie Bruce Pratt señala esta conexión en su extensa carta de protesta a *Chrysalis* por el artículo de Carol Fox Schmucker «Has Anyone Read *Gone with the Wind* Lately?» [¿Alguien ha leído últimamente *Lo que el viento se llevó?*], donde se refiere a Scarlett O'Hara como «una mujer fuerte, activa, llena de vida, con una sanísima autoestima» en el marco de una novela «rebotante de mujeres potentes, incluidas algunas mayores que actúan como referentes».<sup>18</sup> Al final del artículo, Schmucker se refiere brevemente a la obra como una

---

<sup>17</sup> «Lesbian Art and Artists», *Heresies* 3 (otoño, 1977); Editorial Collective, «To Our Readers», *Frontiers*, vol. 4, nº 1 (primavera, 1979), p. iv; «Lesbian History Issue», *Frontiers*, vol. 4, nº 3 (otoño, 1979). Véanse las respuestas de Barbara Smith al cuestionario de Judith Schwarz «Questionnaire on Issues in Lesbian History», pp. 1-12; y Christine Wong, «Yellow Queer», p. 53.

<sup>18</sup> Schmucker, *Chrysalis* 9 (otoño, 1979), pp. 63, 64.

novela racista, donde la visión de la autora «queda *emborronada* ... por su conciencia racial» (las cursivas son mías), pero que aun así «mantiene su vigencia por su atractivo para las mujeres».<sup>19</sup> Desde su perspectiva como mujer blanca sureña crecida en la década de 1950, Pratt escribe:

Pudimos participar cómodamente a través de ella en su rebelión porque Scarlett no transgredió ninguno de los grandes tabúes de su cultura, de la cultura de Mitchells, la de mi madre o la mía, y sobre todo, no transgredió el tabú racial. Para mí, como mujer blanca sureña, la lectura de *Lo que el viento se llevó* me permitió gozar de los placeres de la rebelión sin tener que pensar en el impacto que tendría en mi vida la auténtica rebelión contra un tabú social, contra el tabú racial.

Durante mi infancia, cuando la película se proyectaba en mi ciudad, como solía suceder cada cuatro años, yo me dirigía al cine Ritz, contemplaba los carteles donde se veía a Vivien recostada lánguidamente contra el torso de Clark en vívido colorido al temple, pagaba los veinticinco centavos de la entrada y cruzaba la puerta batiente situada a la izquierda de la taquilla. A la derecha había otra puerta que daba a las escaleras que conducían hasta el anfiteatro donde se sentaban las personas negras cuando iban al cine. Que Schmucker se abstenga de examinar directamente el racismo de *Lo que el viento se llevó* me ha recordado ese anfiteatro. En su texto cita comentarios de otras fuentes (A. Rich, A.F. Scott) como prueba de que las mujeres sureñas blancas tienen actitudes positivas con respecto a las mujeres y los hombres negros. No señala, en cambio, que en 1936, año de publicación de *Lo que el viento se llevó*, en el Sur, y también en otros lugares, se seguía linchando a mujeres y hombres negros (véase «*Lynching*» en el Índice temático del *New York Times*, 1930-) y Mitchell repite las mismas excusas utilizadas por las turbas de linchamiento para justificar sus acciones. [...] En el capítulo 37, cuando Scarlett tiene noticia de la creciente actividad del Ku Klux Klan durante la reconstrucción posterior a la guerra y del asesinato de un hombre negro a manos de un «caballero» blanco, supuestamente para defender a unas mujeres blancas, su reacción según la novela es sentir por primera vez «una afinidad con la gente de su entorno». [...] Se identifica con la convicción de los hombres que afirman que el Sur «es un país demasiado valioso para entregarlo a

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 69.

unos negros ignorantes ebrios de whisky y de libertad». Mitchell evita enfrentarse a dilemas morales significativos al escribir una novela «histórica» que aprueba y justifica los peores actos racistas, actos que se seguían cometiendo en el momento de escribir su texto. Al igual que Scarlett —su heroína—, también ella comparte, y aprueba, los actos inmorales de los hombres blancos. ¿Cómo es posible presentar, entonces, a Mitchell como autora de «una obra importante»? (...) No saber ver que *Lo que el viento se llevó* nos presenta una heroína reaccionaria, no revolucionaria, no saber ver que en realidad es posible que el apoyo al racismo de Mitchell haya incrementado o sustentado el atractivo de su novela para las lectoras blancas, es seguir aceptando ese racismo.<sup>20</sup>

Luego Pratt continúa diciendo:

Si queremos leer ahora *Lo que el viento se llevó*, deberíamos hacerlo teniendo presente el terrorismo blanco que imperó en este país desde los años 1890 hasta finales de la década de 1930 (y también después), que la actividad del Ku Klux Klan va actualmente en aumento, con incidentes denunciados desde California hasta Colorado y Nueva Jersey (UPI, 10/21/79), que en West Point hombres blancos se han vestido con las prendas del Klan y acosado a los alumnos negros «como una broma» (AP, 11/79), que el Klan organiza en Decatur, Alabama, (y sin duda también en otros lugares) un campamento de día durante el verano donde niños y niñas blancos reciben lecciones sobre la supremacía blanca y clases de tiro (WBRC, Birmingham). Si leemos ahora *Lo que el viento se llevó*, deberíamos tener en cuenta que el Klan disparó este otoño sobre las y los participantes en una concentración en su contra en Greensboro, Carolina del Norte, y mató a seis personas, negras y blancas (AP, 11/ 6/79). La esposa de uno de los asesinos declaró: «Yo sabía que pertenecía al Klan, pero ignoraba lo que hacía fuera de casa». Las mujeres blancas tenemos que preguntar qué sucede fuera de nuestra «casa», fuera de nuestro campo de visión familiar habitual. Analizar *Lo que el viento se llevó* como si las actitudes raciales y sexuales que allí se expresan ya no existieran es eludir una responsabilidad moral, exactamente lo mismo que hizo Margaret Mitchell.

---

<sup>20</sup> Pratt, carta a *Chrysalis*, 27 de diciembre, 1979; publicada en *Top Ranking*.

He citado tan extensamente la carta de Minnie Bruce Pratt porque me parece un ejemplo del tipo de crítica antirracista que a mi entender deberíamos practicar más a menudo, como lesbianas blancas y feministas. Ella parte de sus primeros años de vida y los aplica al análisis del racismo, colmando las lagunas en la descripción que hace Schucker de la acogida que tuvo *Lo que el viento se llevó* entre las mujeres sureñas blancas. Incorpora un análisis del impacto del racismo en su valoración de Scarlett, de la novela en su conjunto y de la respuesta sureña blanca a la misma, en vez de mencionarlo al final de pasada, como un dato desagradable que es preciso reconocer en algún momento, sin que vaya en detrimento de la tesis global del artículo.

Igualmente importante, a mi parecer, es que Pratt, como mujer blanca, asume la responsabilidad de «preguntar qué sucede fuera de nuestra “casa”, fuera de nuestro campo de visión familiar habitual». De este modo consigue incorporar a su análisis una percepción crítica informada que le permite situar la novela y también el artículo en un contexto histórico concreto de linchamientos y otras formas de terrorismo blanco. Conocer esa historia le permite abordar el racismo en términos de su relación muy real con la vida de las personas y no como una abstracción contra la cual de algún modo es «bueno» oponerse.

De hecho, Minnie Bruce Pratt reaccionó contra el artículo publicado en *Chrysalis* poco después de la masacre de Greensboro, cuando pidió a sus alumnas y alumnos una redacción donde expusieran su reacción ante esas muertes. Me describió esa experiencia en una carta:

Una de mis alumnas negras del curso de recuperación, ya mayor (en la cuarentena), estaba tardando mucho en entregar su redacción sobre el Klan. Cuando lo hablamos, me dijo que escribir sobre esa experiencia le hacía revivir momentos terribles y mucha rabia y sufrimiento y no quería volver a recordarlo todo. Finalmente acabó presentando su texto donde contaba que su familia había sido expulsada de las tierras que habían sido de su propiedad durante cinco generaciones y daba a entender que había visto cómo violaban y seguramente apaleaban a su madre; explicaba que, como hermana mayor, era la encargada de esconder a los demás hermanos y hermanas cuando recibían una visita del Klan; su madre les suplicaba que se marchasen, pero aquella vez volvieron y registraron la casa mientras ella les veía destrozarlo todo desde su escondrijo.

(29 de diciembre, 1979)

A la vez que contribuye a contextualizar el artículo de Schmucker, así como la decisión de *Chrysalis* de publicarlo, esta descripción también pone de manifiesto cuán grande es la vinculación entre racismo y sexismo. La violación de la madre de su alumna fue posible porque era mujer, pero la agresión concreta —la irrupción del Klan en su casa— solo pudo ocurrir porque era negra.

Veo en la reacción de Pratt ante el artículo de Schmucker el producto de una conciencia afinada por su receptividad a las experiencias concretas como la que me describió en su carta. Una receptividad nacida en parte de lo que Rich ha descrito como la capacidad de «atravesar las barreras de la edad y la situación de cada una, la búsqueda a tientas del camino para adentrarnos en la piel de otra, aunque solo lleguemos a aprehenderla un instante».<sup>21</sup> Si aceptamos la premisa de que la escritura —la nuestra y la de las demás— puede reflejar y también perpetuar el racismo y conocemos mujeres de color —o hemos tenido noticia de ellas— que se han visto profundamente afectadas por escritos racistas de personas blancas, incluidas lesbianas feministas blancas, el acicate para desarrollar y aplicar criterios antirracistas es indiscutible.

#### IV

Cuando tuve en mis manos por primera vez las galeradas de la obra de Mary Daly *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*<sup>22</sup> hace casi un año y medio, coincidí plenamente con ella en que «la opresión de las mujeres no conoce límites étnicos, nacionales o religiosos», que «el fenómeno es planetario», en suma.<sup>23</sup> También estuve de acuerdo en cuanto a la necesidad de explorar a fondo todas las facetas de esta opresión y oponerles una enérgica resistencia. Sin embargo, me preocupó su recurso a fuentes occidentales blancas, la mayoría de las cuales me parecía probable que fuesen no solo sexistas sino también racistas, y también que en el capítulo dedicado a la ginecología estadounidense eludiese los temas de la raza y la clase como cuestiones sustantivas. A mi entender, el hecho de no tener en cuenta el carácter sesgado de

---

<sup>21</sup> "Disloyal to Civilization," p. 307.

<sup>22</sup> Daly, *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism* (Boston: Beacon Press, 1978). [Todas las citas incluidas en el texto original todas las citas corresponden a esta edición. La versión en castellano de las mismas corresponde a la traducción de Amanda Castaño: *Gin/Ecología. La metaética del Feminismo Radical* (Sevilla: Labrys Editorial, 2023). (N. de la T.).]

<sup>23</sup> *Gin/Ecología, op. cit.*, p. 181.

muchas de sus fuentes y no examinar más que de pasada las diferentes formas en que la raza y la clase influyen sobre el carácter y el alcance de la opresión de las mujeres acaban socavando seriamente su razonamiento y la fiabilidad de su investigación.

Aguardé pacientemente la aparición de alguna crítica feminista que reflejase de algún modo mis reticencias. Pero no salió ninguna, salvo el comentario de Mariana Valverde en la revista canadiense *The Body Politic* donde indica que Daly «presta muy poca atención a las particularidades de los grupos étnicos y los períodos históricos».<sup>24</sup> Al contrario, todas las reseñas publicadas en revistas feministas seguían, una tras otra, la misma línea. En *off our backs*, Susanna J. Sturgis escribió:

*Gyn/Ecología* se dirige a nosotras y está escrito para nosotras, parte de nuestra experiencia y trata sobre nosotras, las indómitas, las Arpias [las *Hags*] ... *Gyn/Ecología*, este maravilloso, brillante, asombroso libro Histórico, se expande más allá de las palabras que escribió Mary Daly. Es una creación, la obra de una feminista revolucionaria, una visión de la potencia e integridad de la sororidad.<sup>25</sup>

Y Susan Leigh Star dijo en *Sinister Wisdom*:

Este libro encarna la total confluencia de método y contenido, de lo personal y lo histórico, de la búsqueda de un cambio y el escrutinio implacable del sufrimiento, que para mí ha llegado a representar el feminismo. Dondequiera que se encuentre este texto, allí habrá feminismo ... . Con su reseña —la más detallada entre todos los estudios realizados hasta la fecha— de los antecedentes, los orígenes y las presunciones de la academia patriarcal, *Gyn/Ecología* crea por primera vez una sociología feminista del conocimiento.<sup>26</sup>

Las palabras cruciales —en su versión lesbiana-feminista— ya estaban dichas y *Gyn/Ecología* quedó inscrito en el pasado reciente como un Gran Acontecimiento de la historia lesbofeminista.

Esas reseñas me inquietan. Solo las conversaciones mantenidas con otras lesbianas-feministas cercanas han evitado que llegara a desechar mi propia percepción

---

<sup>24</sup> Valverde, «Beyond Equal Rights: Mary Daly's Gynocentric Vision», *The Body Politic* (octubre, 1979), p. 32.

<sup>25</sup> Sturgis, «Gyn/Ecology», reseña, *off our backs* (marzo, 1979), pp. 18-19.

<sup>26</sup> Star, «To Dwell among ourSelves», *Sinister Wisdom* 8 (invierno, 1979), pp. 87-88.

—mi decisión de no sumarme a la «ginoflexión»— como un desvarío. Pienso que el problema va mucho más allá del libro e incluye sus implicaciones para la comunidad lesbiana, sobre todo la comunidad de lesbianas que escribimos. ¿Estamos dispuestas a aceptar como un auténtico texto sagrado una obra teórica escrita por una feminista lesbiana blanca que excluye las preocupaciones por el racismo que han manifestado repetidamente las lesbianas del Tercer Mundo? ¿No vamos a tener en cuenta cómo afecta a la comunidad lesbiana —blanca y del Tercer Mundo— volver a encontrarse ante la total aceptación por parte de las lesbianas blancas de un libro que excluye esas preocupaciones? ¿Vamos a aceptar axiomáticamente que un estudio es imparcial simplemente porque lo ha elaborado una académica feminista-lesbiana (blanca) que adopta un tono de gran autoridad?<sup>27</sup>

Al leer los capítulos del Segundo Pasaje que tratan del *satí* en la India, la práctica de vendar los pies a las mujeres en China y la mutilación genital femenina en África, me inquieta, por ejemplo, que Daly recurra de manera casi totalmente acrítica a fuentes occidentales blancas, casi todas masculinas, y que no detecte el racismo en los fragmentos que cita en su libro ni tampoco en aquellos que omite. Aunque finalmente comenta el racismo «descarado» (172) de *Dark Rapture: The Sex Life of the African Negro* [Oscuro arrebató: La vida sexual del negro africano], en cambio ignora de manera sistemática cualquier posible sesgo racista en la mirada que ella misma proyecta sobre las penurias de esas mujeres (que al fin y al cabo son a la vez personas de sexo femenino y del Tercer Mundo).

Daly cita, por ejemplo, el comentario de Joseph Campbell sobre el *satí*, la inmolación de las viudas en la hoguera en la India:

A pesar de estos signos de sufrimiento e incluso pánico en el momento concreto del dolor y la asfixia, en ningún caso deberíamos concebir el estado mental y la experiencia de esos individuos desde el modelo de ninguna de nuestras más o menos imaginables reacciones a tal destino. Ya que estos sacrificios no eran propiamente, de hecho, individuos en absoluto; es decir, no eran independientes,

---

<sup>27</sup> Para la respuesta de una feminista lesbiana negra ante la publicación de *Gin/Ecology*, véase Audre Lorde, «An Open Letter to Mary Daly», 6 de mayo de 1979; publicada en *Top Ranking*; para un examen más general de la problemática implícita, véase Barbara Smith, «Toward a Black Feminist Criticism», *Conditions: Two* (otoño, 1977), pp. 25-44. [Hay traducción al castellano de la carta: «Carta abierta a Mary Daly», en A. Lorde, *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*, María Corniero, trad. (Madrid: Horas y horas, 2003)].

distinguidos de una clase o grupo en virtud de ningún sentido o conciencia de un destino o responsabilidad personal e individual. (187)

Daly comenta: «No he puesto en cursivas ninguna de las palabras de esta cita porque parecía necesario enfatizar *todas* las palabras. Es imposible hacer ningún comentario que resulte adecuado» (187). Si bien es cierto que resulta difícil encontrar un comentario adecuado, en estos capítulos Daly centra de manera sistemática la atención en la increíble misoginia de los hombres excluyendo cualquier otra consideración, incluido el racismo potencial de sus fuentes. Se le escapa así el sesgo en la percepción de Campbell cuando ve *nuestras* «reacciones», de las y los observadores occidentales blancos, como innatamente distintas de aquellas de las y los asiáticos, y este sesgo se infiltra sin comentario alguno entre las páginas de *Gin/Ecología*. Ya he oído describir demasiado a menudo, en las películas de Hollywood y en la televisión, a los pilotos kamikaze japoneses, la invasión de Corea del Norte por las «hordas» chinas y los «fanáticos» (nor)vietnamitas dando por sentado que «la vida es barata en Oriente: no la valoran como nosotros», para no reconocer esta actitud racista cuando la leo.

Pero el comentario de Daly sobre Campbell no acaba ahí. A continuación escribe:

Después de describir el enterramiento en vida de una joven viuda que tuvo lugar en 1818, este devoto de los ritos de la academia des-apegada describe el evento como «una mirada *iluminadora*, aunque *algo* espantosa, al profundo y silencioso remanso de la arcaica alma oriental [las cursivas son de Daly] ... Lo que se le escapa a este académico es el hecho de que la «arcaica alma» era una mujer destruida por la Religión Patriarcal (de la que él es un verdadero creyente) que exige el sacrificio de mujeres. (189)

Su objeción va dirigida explícitamente contra la misoginia, claramente presente y espantosa, pero en cambio no denuncia la segunda parte del sesgo evidente en las palabras de Campbell, que ponen de manifiesto que comparte el estereotipo del «oriental inescrutable» («las calladas profundidades de la arcaica alma oriental»).

La presencia de este racismo en las fuentes de Daly no mitiga *en absoluto* su misoginia. Sin embargo, me parecen cuestionables unos capítulos donde se citan repetidamente referencias escritas por hombres que son occidentales y blancos sobre

mujeres *de color* sin que la autora considere qué papel ha tenido su blanquitud, su formación occidental, el racismo de su campo de estudio antropológico en sus reseñas sobre esas atrocidades.<sup>28</sup> Daly nos ofrece información valiosa sobre los horrores cometidos contra esas mujeres, pero en general ignora la porción de la ceguera de esos autores derivada de una mirada que es blanca y occidental *además* de masculina. Su actitud es sin duda reflejo de su infravaloración patriarcal de las mujeres. Pero esa es solo una parte del problema.

Más inquietante resulta aún, en cierto modo, que Daly no mencione el increíblemente descarado racismo de la autora estadounidense Katherine Mayo, cuya obra *Mother India* [Madre India] (1927) utiliza como fuente para comentar el caso de las niñas indias obligadas a casarse, tener relaciones sexuales y gestar criaturas en el marco de los matrimonios forzosos. Daly describe el libro de la autora estadounidense como «un trabajo excelente» (189) que fue objeto de fuertes ataques de críticos misóginos. «Las Buscadoras/Spinsters feministas deberían buscar y reclamar a hermanas como Katherine Mayo ... Debemos aprender a nombrar a nuestras verdaderas hermanas ... En el proceso de localización de estas hermanas Buscadoras/Spinsters es esencial buscar *sus propios* escritos» (las cursivas son de Daly, 202), más que los de sus detractores.

Por consiguiente, acudí a *Mother India*. Y descubrí que Mary Daly actúa con respecto a las mujeres del Tercer Mundo exactamente como ella acusa (justificadamente) a los hombres de actuar con respecto a las mujeres. Así, a propósito de un autor misóginos que comenta la práctica china de vendar los pies a las mujeres, Daly dice: «... el autor, o bien está de acuerdo con el borrado, o bien no se da cuenta de él. Todo esto se reduce a prácticamente lo mismo: doblepensar y des-apego de la opresión de las mujeres» (218). Observamos un fenómeno análogo en la falta de reacción de Daly ante el racismo de Mayo y su incondicional ensalzamiento de su libro, en cuyas primeras páginas la autora escribe:

El gobierno británico de la India, sea bueno, malo o indistinto, no tiene arte ni parte en las condiciones antes descritas. La inercia, la impotencia, la falta de iniciativa y de originalidad, la falta de perseverancia y la inconstancia de sus

---

<sup>28</sup> Sobre los interrogantes que suscita el trabajo de campo realizado por antropólogos blancos en países del Tercer Mundo, véase William S. Willis, J L, «Skeletons in the Anthropological Closet», en Dell Hymes, ed., *Reinventing Anthropology*, (Nueva York: Vintage, 1974), pp. 121-52.

lealtades, la falta de entusiasmo, la fragilidad de la energía vital misma, son auténticos rasgos característicos del indio no solo en la actualidad, sino desde un pasado histórico remoto. Más aún, todos seguirán caracterizándole en creciente grado hasta que reconozca sus causas y las arranque de raíz con sus propias manos. Ninguna intervención podrá liberarlo salvo la presencia de un nuevo ánimo en su propio pecho. Y sus acusaciones contra elementos externos, pasados, presentes o futuros, solo sirven para el autoengaño y para retrasar el día de su liberación.<sup>29</sup>

En la página siguiente, Mayo añade que los indios son «una población enorme, mayoritariamente rural, analfabeta y *apegada a su analfabetismo*» (las cursivas son mías).<sup>30</sup> Luego, en el tercer capítulo del libro, «Mentalidad esclava», la autora declara:

*Toda la pirámide* de infortunios, materiales y espirituales, del hindú, la ignorancia, la minoría de edad política, la melancolía, la ineficacia, sin olvidar la convicción subconsciente de su inferioridad, que desvela y proclama continuamente con su constante e imaginativo estado de alerta, siempre atento a cualquier afrenta social, se sustenta sobre una base física sólida como una roca. Esta base es, simplemente, su manera de llegar al mundo [fruto del vientre de una esposa niña] y su vida sexual posterior [las cursivas son mías].<sup>31</sup>

Una puede «verlos —concluye Mayo al final del capítulo—, a una edad en que el anglosajón acaba de acceder al pleno esplendor viril, convertidos en ancianos descorazonados, abatidos, petulantes; y mientras esto no cambie, ¿tiene sentido buscar otras razones que expliquen su pobreza, sus enfermedades y su mortalidad, y por qué sus manos son demasiado endebles y temblorosas para coger o sostener las riendas del gobierno?».<sup>32</sup>

Conviene tener presente que estas palabras se escribieron treinta años antes de la independencia india, tras varios siglos de dominación británica y en una década en que

---

<sup>29</sup> Katherine Mayo, *Mother India* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1927), p. 16. Aunque no es la edición que cita Daly (Blue Ribbon), el texto y la paginación parecen coincidir exactamente.

<sup>30</sup> Mayo, p. 11.

<sup>31</sup> Mayo, p. 22. El título del capítulo remite a un comentario del texto a propósito de los británicos «a cuya presencia opresiva atribuye el indio lo que él mismo describe como la “mentalidad esclava” de 247 millones de seres humanos» (p. 21).

<sup>32</sup> Mayo, p. 32.

en Estados Unidos se estaban endureciendo las leyes de inmigración para excluir a las personas de origen asiático y otros «no anglosajones».<sup>33</sup> Si las palabras de Mayo son las de una «verdadera hermana», que «deberíamos buscar y reclamar», Daly y yo tenemos sin duda escalas de valores muy distintas. La práctica refrendada socialmente de contraer matrimonio con niñas que luego son obligadas a mantener relaciones sexuales que desvela Mayo es incontestablemente abominable, pero difícilmente puede explicar «toda la pirámide de infortunios del hindú». Evidentemente, no sé si Daly leyó los comentarios de Mayo sin identificarlos como racistas o si optó deliberadamente por no incluirlos en su exposición sobre *Mother India*. Pero, en la práctica, el resultado es el mismo: se expone una valoración, se presenta una información, como si el racismo quedara fuera del campo visual y no mereciera ser señalado.

Encontramos otra modalidad de «borrado» en el capítulo de Daly sobre la ginecología en Estados Unidos, donde me parece observar la misma reticencia a reconocer e indagar hasta qué extremo las mujeres de color y las mujeres pobres de todas las razas son víctimas de *profesionales blancos de sexo masculino*. A lo largo del capítulo, Daly tiene repetidas oportunidades de incluir «material gráfico y detallado» para describir «la horrible realidad física» (225) de los efectos de la actuación del *establishment* ginecológico blanco y masculino para las mujeres de color y las mujeres pobres. En su comentario sobre G. Marion Sims, un ginecólogo del siglo XIX, Daly dice que: «Comenzó el trabajo de su vida “humildemente”, practicando peligrosas cirugías sexuales en mujeres negras esclavas hospedadas en pequeñas edificaciones en su jardín» (307). En una nota a pie de página añade: «Mary Smith, una indigente irlandesa, sufrió treinta de las operaciones de Sims entre 1856 y 1859. La esclava negra Anarcha había sufrido el mismo número en el establo del jardín trasero de Sims una década antes» (307). Esta información ya resulta inquietante de por sí. Sin embargo, el detalle «gráfico», cuya omisión Daly reprocha justificadamente a los estudiosos masculinos cuando se refieren al vendado de los pies, brilla por su ausencia en este caso. La fuente de Daly, *The Horrors of the Half Known Life: Male Attitudes toward Women and Sexuality in Nineteenth-Century America* [Los horrores de la vida a medias conocida: Actitudes con respecto a las mujeres y la sexualidad en el siglo XIX en América] de G. J. Barker-Benfield es muchísimo más explícita:

---

<sup>33</sup> Para un examen de las actitudes estadounidenses en materia racial cuando Mayo escribió *Mother India*, véase Thomas F. Gossett, *Race: The History of an Idea in America* (Nueva York: Schocken, 1963).

Aunque en aquel momento (la década de 1840) ya se habían inventado los primeros métodos anestésicos, Sims los desconocía ... Sus primeras pacientes sufrieron años de casi increíble agonía ... Sims recorría la zona en busca de objetos quirúrgicos adecuados. Significativamente, dada la resistencia, pasividad y total indefensión requeridas, las escogidas eran esclavas negras, algunas compradas expresamente por Sims para sus experimentos; en particular cuando el dueño recelaba de sus métodos. Construyó un hospital privado en su patio trasero para albergarlas. En Montgomery se rumoreaba que Sims utilizaba seres humanos como conejillos de Indias para sus proyectos quirúrgicos. Los rumores eran ciertos. Mientras duró su estancia en Montgomery, siempre le fue «muchísimo más difícil operar a mujeres blancas que a las negras» porque las blancas tenían más posibilidades de expresar su voluntad en su relación con él. «El dolor era tan terrible que la señora H. no pudo soportarlo y mis planes quedaron totalmente frustrados». Las esclavas negras ofrecían, por tanto, un «material adecuado» para que Sims pudiera «acumular» experiencia e «indagar más sobre la aplicabilidad de ... las suturas de plata» hasta que el invento de la anestesia y el listerismo vencieron la resistencia de las mujeres blancas ricas y Sims pudo aplicar sobre sus cuerpos las técnicas que había perfeccionado sobre los cuerpos de las negras.<sup>34</sup>

Caracterizar esas prácticas como «brutales» como hace Daly (307) no parece el término más adecuado para describir esa serie de operaciones practicadas sin anestesia en mujeres que, por su raza y su consiguiente condición de esclavas o su pobreza combinada con la condición de inmigrantes recién llegadas, no tenían posibilidad de resistirse. Me dejó simplemente anonadada que Daly, que no tiene ningún reparo en apabullar a la lectora con la descripción de las agonías de las mujeres de color en otros países, se muestre en cambio sistemáticamente reacia a hacer lo mismo cuando el escenario es más próximo.

---

<sup>34</sup> Barker-Benfield, *The Horrors of the Half-Known Life* (Nueva York: Harper & Row, 1976), p. 101. En su recensión del libro de Daly, Joanna Russ dice: «Este apartado resultaría más revelador si Daly se hubiese acordado de recordarnos que J. Marion Sims ... [operaba] *sin anestesia*» (las cursivas son suyas); *Frontiers*, vol. 4, n° 1 (primavera, 1979), p. 69. Russ no contempla, sin embargo, las implicaciones de esta omisión.

La forma sistemática en que, después de citar primero a las mujeres estadounidenses de color o pobres como cobayas ginecológicas, pasa a insistir de inmediato en que su raza o su clase social no han sido un factor crucial en su selección (o que no han sido elegidas «intencionadamente»), para a continuación dar paso a un comentario centrado en las mujeres blancas, acaba borrando la raza y la clase como factores significativos. Daly escribe:

Esta afirmación anodina legitima el uso de mujeres como conejillos de indias para fármacos como La Píldora y la pastilla del día después. Puede existir la tentación de imaginar la experimentación así de destructiva está limitada a un tiempo específico (el pasado) o a segmentos específicos de la población hembra (por ejemplo, de pocos recursos y no-blancas). [No obstante], *mientras* que las últimas están victimizadas de *manera especial*, se están encargando de sus hermanas «de clases más altas» *de una manera diferente*. Así, las mujeres de clase media alta bien educadas (con una mala educación) que se someten «voluntariamente» (son sometidas) a cirugía mutiladora y terapia de reemplazo de estrógenos son blancos desinformados en un sentido refinado.

(346, las cursivas son mías)

Llama la atención el uso de locuciones paralelas y la celeridad verbal con que Daly pasa de las mujeres pobres y las mujeres de color a las mujeres de clase media (predominantemente blancas). El recurso a esas expresiones paralelas («una manera especial», «una manera diferente») da un peso equivalente a la opresión de uno y otro grupo y acaba silenciando el sufrimiento femenino determinado/influido por la raza y/o el grado de privilegio económico.

En vez de describir en detalle ese sufrimiento, Daly presenta una serie de datos estadísticos que, aun siendo informativos, carecen de la inmediatez que podría aportar a su estudio la descripción de ejemplos concretos, que en cambio emplea gustosamente al hablar de las mujeres chinas, indias y africanas. En este contexto concreto —y en otros puntos del capítulo dedicado a la ginecología en Estados Unidos—, después de reconocer que las mujeres de color y las mujeres pobres son «especialmente seleccionadas» para la práctica de la esterilización (358), solo completa esta afirmación con estadísticas y una aclaración inmediata: «Sería simplista, sin embargo, concluir que

las mujeres pobres son el objetivo esencial de *la intención* de genocidio ginecológico» (358, las cursivas son de Daly).

Varias páginas más adelante, vuelve a demostrar la misma reticencia a detenerse a examinar con mayor detalle el impacto de la experimentación y el maltrato ginecológicos en los diferentes grupos de mujeres:

(...) desde los comienzos de su profesión los ginecólogos han usado a las mujeres negras, inmigrantes y a otras mujeres pobres como conejillos de indias, experimentando sobre ellas sin su consentimiento informado, para poder usar después la «experiencia» ganada de este modo en la lucrativa práctica privada. Aun así, un análisis de clase es inadecuado aquí, ya que se queda corto para explicar las dimensiones de las atrocidades androcáticas. *El hecho es que* la experimentación es parte del procedimiento rutinario de la ginecología para mujeres de todas las clases. Como ya he indicado, las mujeres pobres y no-blancas normalmente no son en absoluto informadas de cómo están siendo usadas para el «estudio». Del mismo modo, *también* a las mujeres de clase media y alta *a menudo* no se les dice nada o, cuando se les da «información», su mala- educación les produce una ilusión de consentimiento informado. (357, las cursivas son mías).

Este párrafo es asombrosamente similar al que acabo de comentar sobre «el uso de mujeres desinformadas como conejillos de indias». Daly recurre de nuevo al empleo de expresiones paralelas («normalmente», «a menudo») que en la práctica tienen el efecto de borrar cualquier diferencia real en la calidad de la atención de salud recibida por esos grupos de mujeres, así como en sus posibilidades de acceso a una atención adecuada y a información feminista en materia de salud. La rápida desestimación de un análisis de clase porque no explica «las dimensiones de las atrocidades androcáticas» elimina también la posición económica de las mujeres como determinante de la calidad de la atención de salud a su alcance. Si bien es cierto que los ginecólogos privados pueden maltratar horriblemente a las mujeres, la mujer que puede permitirse ser consumidora privada y compradora de servicios de salud se encuentra sin duda alguna en una posición más favorable para ver atendidas sus necesidades que aquella que se ve obligada a confiar en centros que acepten pacientes con la cobertura de Medicare o

Medicaid o el pago a plazos para quien no cuenta con un seguro de salud y tampoco dispone de dinero.

El aplanamiento de las diferencias en el texto de Daly —incluso después de reconocerlas brevemente de palabra— no concuerda con el resultado de los trabajos de profesionales sanitarias e investigadoras feministas recogidos en las columnas de noticias mensuales sobre temas de salud y en los artículos que publican regularmente *off our backs* y otras revistas feministas, las publicaciones de grupos como CARASA [Comité contra las restricciones del aborto y la esterilización forzosa], CESA [Comité por la erradicación de la esterilización forzosa], los textos de autoras como Barbara Ehrenreich y Deirdre English, que Daly utiliza como fuentes, el material recopilado por Beverly Smith en su programa para un curso sobre atención de salud para las mujeres negras y otras publicaciones feministas sobre temas de salud.<sup>35</sup> Dada la abundancia de materiales feministas exhaustivamente detallados que demuestran con datos abrumadores en cuán gran medida las mujeres de color y las mujeres pobres de todas las razas son utilizadas médicamente como cobayas con modos de proceder que no se emplean en el caso de las mujeres de clase media y alta (predominantemente blancas), no logro comprender por qué Daly opta por no documentar su sufrimiento en este capítulo. Esto me lleva inevitablemente a preguntarme por la posible conexión entre la ausencia de un firme reconocimiento de esta situación y la validez de la declaración de Daly cuando afirma que «el potencial objeto de tales estudios es Todamujer» (346).

En los borrados en el libro de Daly he acabado observando un patrón. Por eso me ha parecido útil examinar todos estos ejemplos. No se trata de omisiones aisladas, fortuitas. Daly destaca, a propósito de los trabajos académicos escritos por hombres, que «esta detección de patrones —el desarrollo de una especie de paranoia positiva— es esencial para toda Buscadora feminista, para que pueda resistir la clase de envenenamiento mental a la que debe exponerse en el proceso mismo de intentar localizar la información necesaria» (196). Desde luego, deberíamos seguir su consejo y

---

<sup>35</sup> CARASA, 386 Park Ave. South, NY, NY 10016; CESA, Box A 244, Cooper Station, NY, NY 10003; FAAR, P.O. Box 21033, Washington, DC 20009; Women Free Women in 20 Prison, P.O. Box 283, Nyack, NY 10994; Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *For Her Own Good: 150 Years of the Experts' Advice to Women* (Garden City, NY: Anchor/Doubleday, 1979); y, para un examen detallado sobre el uso de los países del Tercer Mundo como vertedero de medicamentos que incluso la FDA, la Agencia Federal del Medicamento, ha considerado poco seguros para las mujeres estadounidenses, Barbara Ehrenreich, Mark Dowie, Stephen Minkin, «The Charge: Gynocide / The Accused: The U.S. Government», *Mother Jones* (noviembre, 1979); Beverly Smith, «Black Women's Health: A Syllabus», no publicado (agradezco a Beverly Smith que me hiciera llegar un ejemplar acompañado de bibliografía comentada).

practicar la «detección de patrones» en relación con todas las formas de patriarcado ginocida, pero también deberíamos aplicar sistemáticamente ese criterio con respecto al racismo y el sexismo, cosa que ella no hace. Estos también son otras formas de «envenenamiento mental». El patrón global que yo detecto en *Gin/Ecología*, un patrón que solo es posible describir con precisión como racista, exige, a mi entender, una reevaluación global del libro.

## V

Si, como feministas blancas, preferimos ignorar la omnipresencia de la opresión racista en las vidas de las mujeres de color y considerar a las mujeres o las lesbianas únicamente como un grupo bastante homogéneo, esta preferencia es producto directo del privilegio que nos otorga una piel blanca. Poder pasar un día entero sin percibir intensamente la presencia del racismo, poder elaborar —o pensar que otras pueden elaborar— críticas o teoría feminista viables basadas en el pensamiento o los escritos de lesbianas/mujeres blancas confiando en que el análisis del racismo ya se podrá añadir o abordar más adelante como un útil complemento, revela la medida en que comparto ese privilegio blanco. Si soy capaz de leer un libro como el de Daly, que en el prefacio proclama que usa «Grandes Palabras ... porque está escrito para grandes mujeres fuertes y por respeto a esa fortaleza» (xiv), y gozar simplemente de mi identificación con esas mujeres, puede que haya olvidado que en esta sociedad adquirir las habilidades necesarias para hacer esa lectura tiene muchísimo más que ver con el hecho de haber formado parte del grupo simbólico de mujeres que hemos podido/se nos ha permitido superar las barreras del sexo, la raza y la clase, que no con cualquier posible «fortaleza» innata o adquirida.<sup>36</sup>

Lo que necesitamos, en cambio, son escritos/críticas que indiquen que hemos escuchado a las mujeres de color y entendido lo que ellas viven. Abundan los ejemplos

---

<sup>36</sup> Las palabras de Daly tienen, a mi parecer, el doble efecto de halagar a la mujer que es capaz de entenderlas con facilidad o, por el contrario, degradar a la que no puede hacerlo. Cris South, una lesbiana de clase trabajadora que forma parte del colectivo de *Feminary*, me escribe: «Solo llegué a leer la parte donde Daly lanza su advertencia sobre las “Grandes Palabras” y lo dejé. Esa declaración me enfureció y me sentí insultada. Para mí daba a entender que solo las mujeres que sean capaces de comprender “Grandes Palabras” son dignas de leer el libro. (No estoy en contra del uso ocasional del diccionario.) Pero lo que me resultó particularmente ofensivo fue leer que esas palabras se habían escrito por respeto a las «grandes mujeres fuertes». No me parece que por no comprender algunas “Grandes Palabras” una mujer haya de ser menos fuerte o menos inteligente. Los comentarios de Daly me distanciaron drásticamente de todo su mensaje y, en algunos aspectos, también de ella como posible modelo de teórica «feminista». Dejé su libro de lado durante meses, incapaz de superar mi indignación de algún modo que me permitiera acabar de leerlo. Por fin lo he terminado, pero solo hace muy poco». (Carta a la autora, 21 de marzo de 1980).

de incidentes racistas. Mi diario de la mañana incluye un artículo sobre dos californianos blancos condenados por matar a un hombre negro sordo elegido al azar porque durante su expedición de caza matutina no habían conseguido abatir ningún venado; la mujer blanca que los acompañaba ya había sido condenada anteriormente por asesinato de segundo grado. Durante su escapada, uno de los condenados «intentó disparar contra tres hombres negros que estaban de pie junto a un camión, pero erró el tiro. Luego intentó dispararle a una joven negra a la cara ... pero el tiro a quemarropa también falló». <sup>37</sup> Esa joven, salvada por un golpe de suerte, fue claramente víctima del racismo, no del patriarcado ginocida (aunque puede ser que otro día este también la elija como blanco). Se da el caso de que era mujer. Su raza y su condición de casi víctima no fueron, en cambio, un azar. Ser del sexo masculino tampoco salvó al hombre asesinado. Este incidente tiene incontables equivalentes en las comunidades de personas de color en todo Estados Unidos y en cualquier otra parte del mundo donde la gente blanca tenga poder. En realidad es un fenómeno planetario.

La Colectiva del río Combahee destaca en «Una declaración feminista» la interconexión —más que la jerarquía— de las opresiones presentes en las vidas de las mujeres de color:

Para nosotras ... a menudo resulta difícil separar la opresión racial de la opresión de clase y de la opresión sexual porque en nuestra vida la mayoría de las veces las experimentamos de manera simultánea. Sabemos que existe una opresión sexual-racial que no es únicamente racial ni únicamente sexual, por ejemplo en la violación histórica de mujeres negras por hombres blancos como un arma de opresión política. <sup>38</sup>

Nuestro auténtico empoderamiento como feministas requiere que las mujeres blancas elaboremos una teoría y una crítica feministas que incorporen de manera sistemática este reconocimiento del papel del racismo en las vidas de todas las mujeres de color y de la precariedad económica en las vidas de la inmensa mayoría. Evidentemente, también es posible concebir esta inclusión en términos negativos: no queremos oprimir a las mujeres de color. Pero es mucho mejor concebirla como un paso positivo,

---

<sup>37</sup> Wallace Turner, «2 White Men Get 25 Years in Random Murder of a Black», *New York Times* (28 de febrero, 1980), p. 16A.

<sup>38</sup> Combahee River Collective, p. 365.

expresión del sano desarrollo y la complejidad de un proyecto feminista de cambio para todas las mujeres y no solo para las blancas de clase media.

## VI

Para intentar desarrollar este enfoque antirracista, tal vez sea útil empezar por elaborar una lista de preguntas orientativas que, pese a su carácter abierto, nos puedan ayudar a definir una posición crítica con respecto a lo que escribimos y lo que leemos. Por mi parte, he elaborado la siguiente pensando en textos de no-ficción y compilaciones de textos en prosa, pero sería importante establecerlas también con relación a otros géneros y compilaciones. Aunque por fuerza es incompleta, espero que pueda servir como punto de partida para elaborar otra más exhaustiva:

### *Representación*

- ¿Se han incluido escritos de mujeres de color que representen una diversidad de orígenes raciales y culturales?
- ¿La representación de las mujeres de color incluye escritos sobre cuestiones raciales y el tema del racismo y también sobre temas no centrados principalmente en la raza (relaciones familiares, sexualidad, trabajo, envejecimiento, etc.)?
- ¿Los escritos de mujeres blancas tienen en cuenta las implicaciones de sus temas de estudio para las mujeres de color?

### *Audiencia*

- ¿La autora presupone de algún modo la raza de la audiencia a la cual se dirige y, en caso afirmativo, qué implicaciones tiene ese hecho para las mujeres de color?

### *Lenguaje*

- ¿La autora emplea expresiones que asocien el «negro» a lo funesto y negativo (lista negra, oveja negra, «el día que murió su madre fue un día negro para ella») y el «blanco» a la bondad y la inocencia?
- ¿Describe a las personas de color con expresiones que presuponen que la blanquitud es la norma (por ejemplo, no-blancas)?

### *Actitud crítica / Presunciones*

- ¿La autora valora por igual a las mujeres de color y a las blancas? ¿Cuándo habla de «mujeres», «lesbianas», «feministas», sus afirmaciones pueden aplicarse por igual a mujeres blancas y mujeres de color?
- ¿Reconoce las diferencias entre las mujeres de color y las blancas en cuando a la experiencia vivida?
- ¿Reconoce las diferencias entre los diversos grupos raciales y culturales (por ejemplo, portorriqueñas, chicanas, cubanoestadounidenses) y entre las personas individuales dentro de cada grupo?
- ¿Tiene en cuenta las implicaciones de clase del hecho de ser una mujer de color en un país donde el poder económico está en manos de gente blanca/hombres blancos?
- ¿Integra la raza y el racismo en su análisis o se limita a mencionarlos/tomar nota de ellos?
- ¿Reconoce los efectos del privilegio racial y/o de clase?
- ¿Cómo ve a las mujeres de color que han definido su compromiso político en función de su propia comunidad/pueblo del Tercer Mundo?
- ¿Demuestra tener conciencia del impacto del racismo en los hombres de color?
- ¿Demuestra conocimiento y comprensión del contexto histórico en el que se ha desarrollado el racismo y de las historias de los diferentes grupos de personas de color en este país?
- ¿Demuestra ser consciente de sus propias limitaciones, en tanto que mujer blanca, a la hora de hablar de las mujeres de color y del racismo?
- ¿Cómo considera a las mujeres de color que no hablan un inglés «estándar» (blanco, de clase media)?

### *Fuentes*

- ¿Ha considerado la autora los antecedentes raciales y culturales de la autora o el autor de todas las fuentes utilizadas prestando atención a cualquier posible sesgo racial?
- ¿Sus fuentes reflejan fielmente las experiencias y percepciones de las mujeres/las personas de color?

- ¿Ha utilizado fuentes escritas por mujeres de color (u hombres de color si utiliza fuentes masculinas)? ¿Señala alguna diferencia entre las fuentes del Tercer Mundo y las fuentes blancas en cuanto al enfoque y la apreciación?
- ¿Ha sido creativa y persistente en la búsqueda de fuentes que reflejen la experiencia de las mujeres de color cuando estas no estaban inmediatamente a su alcance?
- ¿Demuestra tener conocimiento del trabajo realizado en su campo por mujeres de color e incluye esos trabajos en su bibliografía?

## VII

Desde luego, no me engaño y no pienso que elaborar y aplicar esos criterios sea tarea sencilla. No se me escapa el contraataque al que me expongo presentándome como crítica literaria antirracista, por parte de mujeres blancas con sus propias inquietudes antirracistas y con una percepción tal vez mucho más clara que la mía, y por parte de mujeres de color con una comprensión de las cuestiones en juego que está fuera de mi alcance y que inevitablemente me verán como «representante del grupo» que las oprime.<sup>39</sup> Tienen el derecho —y la obligación— de exponer sus críticas por lo que he dicho y lo que no he dicho. Eso es innegable y pone de manifiesto el elemento crucial de la responsabilidad. En todos los ámbitos, la alternativa es clara: permanecer pasivas y calladas o actuar con la conciencia de que es necesario hacerlo.

La opción de tomar la palabra cuenta ahora con el respaldo de escritos antirracistas recientes de otras lesbianas blancas: «Impressions and Confessions about Racism» [Impresiones y confesiones a propósito del racismo] de Carol Ann Douglas; «Rape, Racism and Reality» [Violaciones, racismo y realidad] de Deb Friedman; la carta a *Chrysalis* de Minnie Bruce Pratt; «Disloyal to Civilization: Feminism, Racism, Gynophobia» [Desleales a la civilización: Feminismo, racismo y ginofobia] de Adrienne Rich; «Southern Women Writing: Toward a Literature of Wholeness» [Escritos de mujeres sureñas: Hacia una literatura de la plenitud] de Mab Segrest; las aportaciones de mujeres blancas para *Top Ranking*, recopilación de ensayos sobre el racismo y el

---

<sup>39</sup> Nancy Hoffman escribe en «White Woman:, Black Women: Inventing an Adequate Pedagogy»: «Tu propio antirracismo y tu solidaridad con otras mujeres no siempre evitarán que aparezcas como representante del grupo que oprime a las mujeres negras», *Women's Studies Newsletter*, vol. 5, n<sup>os</sup> 1 y 2 (invierno/primavera 1977), p. 22.

clasismo en la comunidad lesbiana.<sup>40</sup> Con el apoyo de la poesía antirracista de Muriel Rukeyser, los ensayos y narraciones de Lillian Smith y las novelas de Jo Sinclair detrás de todas ellas.<sup>41</sup>

Como feministas situadas al margen de la concepción patriarcal del mundo, como lesbianas situadas fuera del círculo que todas las no-lesbianas salvo las más excepcionales han trazado en torno suyo, hemos aprendido mucho sobre el abismo que media entre las intenciones y los actos. Como feministas, como lesbianas, como personas de piel blanca en una sociedad racista, podemos leer las palabras de Adrienne Rich desde diferentes puntos de vista:

*Intento comprender*

dijo él

*qué te propones hacer*

dijo ella

*vas a castigarme por la historia*

dijo él

*qué te propones hacer*

dijo ella.<sup>42</sup>

Situado en un contexto distinto del original, pero siempre como un diálogo entre opresor (opresora) y oprimida, su poema nos interpela como feministas lesbianas blancas comprometidas con el antirracismo con el interrogante más básico: *¿Qué nos proponemos hacer?*

*Agradezco muchísimo los comentarios y el apoyo de las mujeres que leyeron la primera versión de este artículo: Dorothy Allison, Maureen Brady, Jan Clausen, Harriet Cohen, Barbara Gaines-Leovna, Audre Lorde, Judith McDaniel, Rena Grasso Patterson, Linda C. Powell, Minnie Bruce Pratt, Adrienne Rich, Arleen Rogan, Julie Schwartzberg, y Barbara Smith.*

---

<sup>40</sup> Douglas, *off our backs* (noviembre 1979), pp. 16-17,20; Friedman, *Quest* (Summer 1979), pp. 40-52; Segrest, *Feminary*, vol. 10, no. 1 (1979), pp. 28-43.

<sup>41</sup> Véase, por ejemplo, «The Trial» de Muriel Rukeyser (tercera parte de «The Lynchings of Jesus») sobre el juicio de Scottsboro de 1931; los ensayos de Lillian Smith en Michelle Cliff, comp., *The Winner Names the Age* (1978); *The Changelings* de Jo Sinclair (1955), y su descripción política (y positiva) de Debby, la lesbiana que aparece en *Wasteland* [La tierra baldía] de T. S. Elliott (1946).

<sup>42</sup> Rich, «From an Old House in America», *Poems, Selected and New, 1950-1974* (Nueva York: Norton, 1975), p. 243.

*Un comentario final sobre el lenguaje:* A lo largo del artículo empleo indistintamente las expresiones «mujeres del Tercer Mundo» y «mujeres de color», calificativos positivos que ellas mismas han adoptado. Me encuentro en cierto modo en mitad de un período de transición político-lingüística: cada vez es más frecuente el uso de «mujeres de color», aunque todavía lo emplean más las feministas del oeste que las del este del país, donde yo vivo. Quizás dentro de unos años dispondremos de un término que goce de un consenso más general. Además, es importante reconocer que entre las mujeres de color, especialmente latinas —que no pertenecen a un único grupo racial—, puede haber algunas con la piel tan blanca como la mía y que sin embargo siguen siendo víctimas de racismo. Cuando me caracterizo y caracterizo a otras mujeres como «blancas» estoy refiriéndome, de hecho, a una compleja intersección de identidad racial y étnica. Por otro lado, el término «Tercer Mundo» parece implicar la prioridad del «primer» y el «segundo» mundos donde la población blanca es mayoritaria. Aunque no es el tema que aquí me ocupa, me parece importante reconocer la complejidad de la elección del lenguaje que utilizo/que utilizamos.

#### Publicaciones periódicas citadas

*The Body Politic*, Box 7289, Station A, Toronto, Ontario, Canadá M5W IX9 (\$1; \$10/12 issues).

*Chrysalis*, 1727 N. Spring St., Los Angeles, CA 90012 (\$4.50; \$ 13/4 issues).

*Conditions*, P.O. Box 56, Van Brunt Station, Brooklyn, NY 11215 (\$3; \$8/3 issues, \$6 "hardship" subscription; free to women in prisons and mental' institutions).

*Feminary*, P.O. Box 954, Chapel Hill, NC 275 14 (\$2; \$5/3 issues).

*Feminist Studies*, Women's Studies Program, University of Maryland, College Park, MD 20742 (\$4; \$10/3 issues).

*Frontiers*, Women's Studies Program, University of Colorado, Boulder, CO 80309 (\$3.75; \$11/3 issues).

*Gay Community News*, 22 Bromfield St., Boston, MA 02108 (50¢; \$17.50/52 issues)

*Heresies*, P.O. Box 766, Canal St. Station, NY, NY 10012 (\$3; \$15/4 issues).

*Matrices* Dept. of English, University of Nebraska, Lincoln, NE 68588 (free).

*off our backs*, 1724 20th St. NW, Washington, DC 20009 (75¢; \$7/12 issues) (free to prisoners).

*Quest*. P.O. Box 8843, Washington, DC 20003 (\$3.35; \$9/4 issues).

*Sojourner*, 143 Albany St., Cambridge, MA 02139 (75¢; \$5/12 issues).

*Women's Studies Newsletter*, Box 334, Old Westbury, NY 11568 (\$2; \$7/4 issues).

### **Breve lista de lecturas recomendadas sobre las mujeres/las personas de color y el racismo**

«Ain't I a Womon», número monográfico, *off our backs*, julio, 1979.

*American Born and Foreign: An Anthology of Asian American Poetry*, Sunbury 7-8, 1979 (Box 274, Jerome Ave. Station, Bronx, NY (0468)).

«Asian American Women», *Bridge: An Asian American Perspective*, invierno 1978-79 y primavera 1979 (\$1.50 per issue; P.O. Box 477, Canal St. Station, New York, NY 10013).

*Azalea: A Magazine by Third World Lesbians* (\$1.50; Joan Gibbs, 306 Lafayette Ave., Brooklyn, NY 11238).

«The Black Sexism Debate», *The Black Scholar*, mayo/junio 1979 (\$2; P.O. Box 908, Sausalito, CA 99965).

«Blacks and the Sexual Revolution», *The Black Scholar*, abril 1978 (\$1.50).

«Chicano Materials Issue», *Interracial Books for Children Bulletin*, 1975 (Council on Interracial Books for Children, 1841 Broadway, NY, NY 10023).

*Conditions: Five, the Black Women's Issue*, 1979. En memoria y con el espíritu de Frances, Zora y Lorraine: Ensayos y entrevistas sobre las mujeres negras y la escritura, Juliette Bowles, comp. (\$5; Institute for the Arts and the Humanities, Box 723, Howard University, Washington, DC 20059).

«La Cosecha, Literatura y la Mujer Chicana», *De Colores, Journal of Emerging Raza Philosophies*, 1977 (\$2.50; Pajarito Publications, 2633 Granite NW, Albuquerque, NM 87104).

«Lorraine Hansberry: Art of Thunder, Vision of Light», *Freedomways: A Quarterly Review of the Freedom Movement*, 1979 (\$2.50; 799 Broadway, NY, NY 10003).

«Native American Issue», *Shantih*, primavera-verano 1979 (\$3; P.O. Box 125, Bay Ridge Station, Brooklyn, NY 11220).

*No More Cages, a Bi-Monthly Women's Prison Newsletter* (\$1.50; Women Free Women in Prison, P.O. Box 283, Nyack, NY (0994)).

«Portrayal of Asian Americans in Children's Books», *Interracial Books for Children Bulletin*, 1976 (\$3).

«Puerto Rican Materials Issue», *Interracial Books for Children Bulletin*, 1972 (\$3).

«Race, Class, and Culture», *Quest*, primavera 1977.

«Racism and Sexism Issue», *off our backs*, noviembre 1979.

«Racism as a Woman's Issue», *Sojourner*, mayo 1979.

*Racism in the English Language*, Robert B. Moore (\$2; The Racism/Sexism Resource Center, 1841 Broadway, New York, NY (0023).

*Sojourner, a Third World Women's Research Newsletter* (free; Harriet G. McCombs, Psychology Dept., Wayne State University, Detroit, MI48202).

«Third World Women: The Politics of Being Other», *Heresies* 8, 1979.

*Top Ranking: A Collection of Articles on Racism and Classism in the Lesbian Community*, Sara Bennett y Joan Gibbs, eds. (\$2.50-more if/less if; February 3rd Press, 306 Lafayette Ave., Brooklyn, NY 11238; checks payable to Bennett/Gibbs).

«Women Poets: A Special Issue», *Callaloo* 5, a *Black South Journal of Arts and Letters*, febrero 1979 (\$3; Charles H. Rowell, Dept. of English, Univ. of Kentucky, Lexington, KY 40506).